

Lugares simbióticos entre ciudad y arquitectura. Un caso práctico

Luis Suárez Mansilla y Asier Santos Torres

Universidad de Navarra, Dpto. de Proyectos

Resumen

Giovanni Battista Nolli dibujó, en 1748, la *Nuova pianta di Roma*. De su análisis gráfico se entiende que el geómetra lombardo no sólo valoró la separación entre espacio público y privado sino que incorporó gráficamente al primero el interior de los edificios sagrados. Nolli entendió que las iglesias romanas podrían abrir sus puertas para emplearse como travesías que mejoraran los recorridos urbanos, permitiendo establecer nuevos trayectos y protagonizando arquitectónicamente lo que entendía como paseos cultos. En el siglo XIX, el filósofo Walter Benjamin descubrió el cambio introducido en el París moderno por los pasajes comerciales, y de la mano del poeta Baudelaire, explicó en su libro *The Paris of the Second Empire In Baudelaire* cuánto la modernidad de las metrópolis decimonónicas se ligó a conceptos relativos al deambular romántico.

En ambos momentos históricos la arquitectura privada (iglesias o pasajes comerciales) transformó la ciudad por donación de sus espacios interiores al sistema de lugares comunes y públicos. En el siglo XX, no obstante, los esfuerzos se centraron en la mejora de la vivienda colectiva, la reconstrucción urbana tras los desastres bélicos o la creación de macrocomplejos de ocio donde el uso de sus instalaciones se subordina al consumo inducido.

En la actualidad, la crisis producida por la desmesurada expansión urbanística de las últimas décadas obliga a centrar el debate en torno a dos tipos de espacios públicos: los generados por el planeamiento de estándares, en los que lo más importante es conseguir los metros cuadrados ajardinados que marca la normativa; y los interiores de la ciudad histórica densificada, cada vez más degradados y en proceso de despoblación. En estos últimos cualquier pieza arquitectónica (nueva o rehabilitada) es una oportunidad ineludible para proponer un lugar abierto a la ciudadanía, en el que sus espacios, sean del uso que sean, se ofrezcan universalmente como marcos para todo tipo de acción.

En la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Navarra se ha ensayado con los alumnos un ejercicio proyectual trabajando la inserción de un edificio singular en una zona de la ciudad con graves carencias de espacio común. Los resultados se exponen en esta ponencia como conclusión sobre la obligatoria aportación de la nueva arquitectura a lo colectivo, desde el punto de vista de la disolución de las fronteras entre lo público y lo privado, o entre el uso concreto y la actividad urbana.

Descriptors: Ciudad, proyecto urbano, arquitectura, espacio público, universidad.

Abstract

Giovanni Battista Nolli sketched the *Nuova pianta di Roma* in 1748. From his graphical analysis is possible to argue that the Lombard surveyor valued not only the separation between public and private space, but graphically incorporated the interior of sacred buildings to the public domain. In the XIX century, the philosopher Walter Benjamin discovered the change occurred in modern Paris due to the creation of commercial passageways and, inspired by Baudelaire, explained in his book *Das Paris des Second Empire* bei Baudelaire how much modernity was linked to concepts of romantic walk in nineteenth metropolis.

In both historical periods, private architecture (churches or commercial passageways) transformed the city by incorporating its inner spaces to the public system. However, in the XX century the efforts were mainly in the improvement of collective housing, the reconstruction of cities after war disasters or the creation of big complexes for leisure time where the use of spaces is subordinated to the inducted consume.

At present time, the crisis caused by the excessive urban expansion in recent decades requires to focus the debate on two types of public spaces: those generated by urban standards, in which the most important issue is to achieve the landscaped area required in the regulations; and the interior spaces of the densified historic city increasingly most degraded and in depopulation process. In the last ones, any piece of architecture (new or refurbished) is an unmissable opportunity to propose places open to citizenship as frame for a broad range of uses and activities.

In the School of Architecture of Universidad de Navarra, students have dealt with the insertion of new buildings in city areas with high deficit of public space. The results of their work are described in this paper as a conclusion about the required contribution of the new architecture to the collective, from the point of view of the dissolution of limits between public and private domains, or between the specific use and the urban activity.

Keywords: City, urban project, architecture, public space, university.

Suárez Mansilla, Luis, and Asier Santas Torres. 2013. Lugares simbióticos entre ciudad y arquitectura : Un caso práctico. *AUSART Journal for Research in Art* 1 (1) (December): 71-8.

Que nuestras ciudades han alcanzado uno de sus límites parece una realidad prácticamente sancionada y apoyada por arquitectos, geógrafos e incluso filósofos y economistas. El modelo urbano occidental desarrollado en el siglo XX ha sido fundamentalmente el de la expansión, un único paradigma de crecimiento basado en la creación de extensiones concéntricas y fragmentadas a costa de grandes consumos territoriales y energéticos. Sin la menor reflexión, nuestras ciudades se han esparcido alegremente según coyunturas económicas, intereses inmobiliarios, necesidades demográficas o estrategias turísticas, más que nada como una cuestión productiva ante la cual arquitectos y urbanistas poco han podido aportar. Más bien se han sumado sin ningún pudor a esta tendencia, haciéndose cómplices de un movimiento delirante que tiene en los últimos ejemplos asiáticos o medio orientales su expresión más extravagante.

Los centros históricos de la Vieja Europa se han despoblado y sólo convirtiéndose en grandes centros comerciales o museos turísticos al aire libre han logrado subsistir. Al mismo tiempo, sus periferias se han convertido en masivos dormitorios compuestos por caducas tipologías residenciales en espacios abiertos sin ningún tipo de ligazón con lugar, clima e individuo. Mientras los centros históricos y la ciudad consolidada luchan por su supervivencia, en un intento por mantener sus infraestructuras y viviendas actualizadas, sus extensiones sólo ofrecen a la colectividad la tranquilizante fórmula de la habitación, los servicios básicos y el impersonal jardín con columpio estándar.

Numerosas voces autorizadas ya han avisado del potencial colapso que implica este modelo de crecimiento, no sólo en lo energético sino también en lo social (recuérdese por ejemplo la violenta crisis de los barrios al norte de París en 2007, provocada por la desazón de una juventud sin arraigo, ilusiones ni responsabilidad para con su ciudad). Es evidente que los territorios de los que las nuevas ciudades dependen no son capaces de abastecerlos pero también es cierto que sus espacios comunes, proyectados por urbanistas y arquitectos, poco o nada tiene que ver con factores tan determinantes como la escala humana o las relaciones sociales.

Así pues, la rotura de los límites medievales a principios del siglo XX y la expansión extra-muros inició una trayectoria que parece, a todas luces, haber llegado a su límite. La crisis producida por la desmesurada expansión urbanística de las últimas décadas obliga a centrar la revisión en un proceso de reestructuración de lo ya construido que reoriente los pulsos extensivos ya agotados. Fundamentalmente en torno a dos tipos de espacios públicos: los generados por el planeamiento de estándares, en los que lo más importante es conseguir los metros cuadrados ajardinados que marca la normativa; y los interiores de la ciudad histórica densificada, cada vez más degradados y en proceso de despoblación.

En este segundo caso parece que las ciudades del presente deben repensarse sobre sí mismas, mejorándose y creciendo nuevamente hacia sus entrañas, a base de conceptos tales como recuperación, rehabilitación, eficacia y aprovechamiento. Profesionales y habitantes debemos comprometernos a aportar ideas y esfuerzos que construyan sobre lo ya construido; que aporten capas funcionales, estéticas y éticas a las ya ejecutadas; que corrijan en la medida de lo posible los numerosos errores cometidos recientemente por el urbanismo especulativo; que recuperen la perdida relación con la naturaleza típica de los asentamientos

de menor escala y que propongan un nuevo espacio común que sustente todas las posibles acciones cívicas.

En este último punto, tal vez lo que ahora interesa no es la forma del espacio común sino sus posibilidades. La ciudad sigue siendo el producto de las actividades que históricamente le ha otorgado el individuo (intercambios, tránsitos, aprendizaje, representaciones) y, a principios del siglo XXI, parece que éstas deben relanzarse para su renovación. Si además exploramos desde lo sociológico la existencia de nuevas actividades contemporáneas –nuevas formas de ocio y trabajo en el espacio público, por ejemplo– podrán establecerse más acertadamente sistemas abiertos en la ciudad que operen como marcos para cualquier acto urbano.

Las estrategias para la *revisión de la construcción actual del espacio común en las ciudades* son múltiples y ya están en marcha con mayor o menor intensidad: la sustitución progresiva del coche por transportes colectivos o no motorizados, la dación del espacio rodado al peatón, la mejora ambiental y natural de la calle, la implicación ciudadana en su uso, la inclusión del arte en la ciudad,... No obstante una de las estrategias más concretas que pueden aplicarse, menos extendida en la práctica y que es la que nos ocupa en este texto, es entender el aprovechamiento de cualquier pieza arquitectónica (nueva o rehabilitada, pública o privada) como una oportunidad ineludible para proponer un lugar abierto a la ciudadanía; en el que sus espacios, sean del uso que sean, se ofrezcan universalmente como foros para todo tipo de acción colectiva.

En la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Navarra se ha ensayado con los alumnos un ejercicio proyectual trabajando, precisamente, la inserción de un edificio singular en una zona de la ciudad con graves carencias de espacio común. Las conclusiones del taller universitario, aquí presentadas en formato gráfico, recogen los resultados del trabajo llevado a cabo por los alumnos y profesores durante cuatro meses. Y se exponen en esta ponencia como conclusión sobre la obligatoria aportación de la nueva arquitectura a lo colectivo, desde el punto de vista de la disolución de las fronteras entre lo público y lo privado, o entre el uso concreto y la actividad urbana, entre la arquitectura y la ciudad.

Los profesores encargados de su dirección han sido Carlos Jiménez, profesor de proyectos de la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Rice (Texas) y miembro del jurado del prestigioso premio de arquitectura Pritzker; y Asier Santas Torres, profesor de proyectos de la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Navarra y doctor arquitecto afincado en Bilbao, miembro del estudio Suárez Santas Arquitectos e investigador de la historia urbana y residencial de la Villa.

El motivo del ejercicio propuesto a los alumnos establece la creación de un Centro de Estudios Cinematográficos para Bilbao (CECBilbao). El CECBilbao se presenta como la materialización arquitectónica del importante y creciente impacto que el cine tiene sobre la capital vizcaína. Se propone como un contenedor de gran variedad de espacios dedicados a la creación cinematográfica y a su exposición pública, tales como aulas, talleres, laboratorios, archivos audiovisuales, teatros de cine, sala de exposiciones y sala multi-uso, además de cafetería y librería. Todo el edificio, tanto sus espacios internos como externos, se entienden como oportunidades para exhibir, discutir, producir y estudiar la magia del cine.

Aprovechando la ocasión que ofrece el ejercicio para reflexionar en torno a la facultad que la arquitectura tiene para transformar la ciudad, se han seleccionado dos solares en la trama consolidada de Bilbao para su inserción. Las condiciones que han determinado su elección han sido su pertenencia a zonas necesitadas de regeneración urbana y con cierto atractivo social y turístico: ambas se sitúan en el barrio bilbaíno de San Francisco. El primero en la calle Bailén, en sustitución del antiguo edificio frente al de Bodegas Bilbaínas; y el segundo frente al Mercado de la Ribera y el Puente de San Antón, en lugar de un edificio existente en la margen izquierda propuesto para una demolición teórica. De entre los treinta proyectos trabajados, se han seleccionado aquellos con mejor valoración académica y los de mayor interés para la ponencia. Durante las sesiones críticas alumnos y profesores han reflexionado en torno a la naturaleza del edificio así como su relación con la ciudad, consiguiendo una colección de proyectos singulares que ofrecen respuestas a la intervención en zonas de oportunidad urbana y que configuran espacios para la creatividad y su intercambio con el espectador. En el primero de los solares se presentan los trabajos de los alumnos Xabier Ortega, Ana Martín y Bruno Barrilero.

Ortega plantea un edificio basado en la idea del espacio continuo espiral, estrategia válida para dar cabida a un programa inicialmente más extenso que la superficie en planta del solar y argumento válido para organizar un recorrido urbano exterior a lo largo de las cubiertas del edificio. Esta solución aporta un espacio común en tránsito, con incorporación de lugares para la estancia, que prolonga el paseo de la ribera llevándolo hasta las cotas superiores del Centro, ofreciendo la posibilidad de introducirse en el volumen al proponer un vestíbulo en altura con escaleras y ascensores públicos. Las terrazas sirven de soporte a la cafetería pero también como palcos desde los que ver posibles proyecciones sobre los muros exteriores del edificio y contemplar la ciudad.

El segundo proyecto, el de Ana Martín, recurre a la tipología en altura y evoca las grúas metálicas de los astilleros existentes aguas abajo. Su solución constructiva forma parte de la idea, si bien igual de importante es la configuración de una planta que se repite con variaciones y que alberga el programa en espacios abiertos al público. Es decir, frente a la planta compartimentada con tabiquería fija se opta por otra diáfana que permite el acceso libre a las actividades del centro, y que invita por lo tanto a la interacción entre profesionales del cine y vecinos. De la sección del edificio se desprende además una voluntad por atraer al ciudadano hasta la cabeza del edificio, donde se coloca una cafetería/restaurante como espacio de estancia y contemplación de la ciudad. El acceso al edificio es, inevitablemente, libre y deseable.

El tercer proyecto, el de Bruno Barrilero, insiste en la idea del recorrido ascendente y accesible al público, esta vez organizado mediante escaleras mecánicas (además de los obligatorios ascensores) para ofrecer al ciudadano un nuevo paseo o promenade de naturaleza vertical relacionado con la ciudad, al colocarse en espiral en fachada. La solución de una veladura constructiva en la envolvente del edificio permite matizar y enriquecer los vínculos visuales entre ciudad y espectador, aprovechando el argumento cinematográfico de lo secuencial para la comprensión de la ciudad.

En el segundo de los solares, en la calle Bailén, se presentan los trabajos de los alumnos Eduardo Pérez, Asier Aparicio y Rodrigo González. En el primero de ellos la propuesta aprovecha las marcadas condiciones geométricas del solar para ofrecer un cofre cerrado a la calle Bailén que no obstante origina en su encuentro con la medianera colindante un interesante espacio urbano y común. Aquí el edificio se retranquea para originar una plaza exterior que aprovecha la gran medianera como una pantalla cinematográfica. Sobre este muro/pantalla pueden proyectarse películas que pueden ser visionadas desde el interior o el exterior del edificio. La propuesta sobresale por la donación de este espacio público al barrio, de interesante escala e impacto urbano.

En el proyecto de Asier Aparicio se recurre a la tipología de edificio contenedor dentro del cual el programa es satisfecho mediante módulos constructivos que pueden modificarse con el transcurso del tiempo. El apilamiento y conjunción de estos módulos da como resultado, por comprensión negativa, un vacío que se ofrece como plaza cubierta y accesible para los ciudadanos. Este espacio es alternativo para el tránsito por la calle Bailén ya que cuenta con dos entradas a diferente cota comunicadas con ascensor.

Por último, el proyecto de Rodrigo González propone un edificio que incluye de nuevo una plaza interior pero como dilatación cubierta y protegida de la calle Bailén, a modo de escape separado mediante un gran muro cortina de vidrio. La plaza resultante se configura con una forma triangular y con tres fachadas de distinta naturaleza y función: dos pertenecientes al edificio nuevo y tras las que se dispone parte del programa más público del CECBilbao; y una tercera ya existente, pues es en realidad la de los edificios residenciales de la calle Bailén, que se ponen en valor al incluirlos visualmente como fondo arquitectónico de la plaza interior. Una escalera que comunica todas las plantas se exhibe hacia el atrio invitando a los ciudadanos al recorrido vertical por el edificio.

La respuesta de los alumnos ha sorprendido por su creatividad y acierto. Todas las propuestas presentadas ponen de manifiesto, de uno u otro modo, lo acertado de un planteamiento basado en el mejoramiento del barrio y, por extensión, de la ciudad. En algunas de ellas se ofrece espacio exterior, como las cubiertas del proyecto de Xabier o el vacío de la plaza de Eduardo. En otras los lugares para el encuentro común se materializa con plazas cubiertas interiores, como en los proyectos de Asier y Rodrigo. En otros el edificio cuenta con una reinterpretación del espacio en tránsito que se incorpora verticalmente hasta llegar a un destino concreto, tal es el caso del proyecto de Bruno. Y en el de Ana el espacio privado se diluye al eliminar sus límites físicos y así poder ser visitado por cualquiera. En este último caso el edificio por completo se convierte en espacio urbano, ya que entiende que su funcionamiento puede enriquecerse con la participación libre de actores espontáneos.

Así pues los mejores proyectos han resultado ser aquellos en los que los espacios comunes sustentan conceptualmente el proyecto. En lo referencial, puede decirse aquí que han contado como inspiración otros episodios históricos de gran relevancia, tales como la *Nuova pianta di Roma* de Giovanni Battista Nolli o los pasajes comerciales del París decimonónico¹. Y en lo cualitativo, coinciden en varios valores: todos ellos proponen edificios que generan plusvalías que trascienden sus límites, extendiéndose con efecto onda al resto de la ciudad. Su forma los convierte en iconos yuxtapuestos al contexto construido, sus lugares comunes

recogen los múltiples flujos entre los que se insertan, y sus espacios se abren funcionalmente a la calle y añaden a su programa escenarios que actúan como soportes físicos de actividades colectivas. En ellos se reduce el tiempo de tránsito para transformarlo en pausa de contemplación, relajación y disfrute. Bien asociada a la actividad del Centro, bien vinculada a la comprensión de la ciudad o bien propiciando un recinto para la generación de nuevas actividades vecinales, urbanas o metropolitanas.

Los espacios públicos de estos ejemplos y de las nuevas arquitecturas no deben limitarse a un uso público de tránsito. Su éxito dependerá en mayor medida de variables tan inmediatas pero olvidadas como la escala humana, el lugar y el clima, la sociología, la variedad frente a la repetición, la eficiencia energética y los consumos. Pero sobre todo de la capacidad que tengan para albergar las más variopintas actividades. Aquellos en los que el programa solicitado se dilate, introduciendo la ciudad como un actor más, como un elemento más de los que integran el conjunto funcional del edificio, serán los más exitosos. En estos edificios el acceso libre es necesario pero no suficiente. Véanse los ejemplos recientes del mismo Bilbao –frente al Guggenheim y el Museo de Bellas Artes, que permiten sólo la entrada libre a sus vestíbulos, el ejemplo de la Alhóndiga debe su éxito a la “penetrabilidad” de casi todos sus espacios–, ya que lo que los distinguirá será su apertura a la multiplicidad y espontaneidad del evento urbano, y sus gestores tendrán que entender esta apertura sin más trabas que las de su cuidado y organización. Sólo así estos edificios podrán incorporarse y enriquecer plenamente el espacio común de las ciudades.

En definitiva, estos y otros ejercicios han alcanzado uno de los principales objetivos del taller: demostrar que la arquitectura puede y debe enriquecer un espacio público y, por extensión, su ciudad; con estrategias creativas, que más allá de lo puramente constructivo pretenden convencer de que la calle reivindicada por Françoise Choay es posible facilitando los medios a nuevas actividades, siempre humanas, siempre colectivas. En el fondo, los resultados del ejercicio no sólo satisfacen la consecución de una pieza arquitectónica y constructivamente especial, sino que están intentando la rehabilitación de San Francisco y que sólo extendiendo las actuaciones al espacio urbano puede conseguirse la regeneración completa de un barrio. Y esto puede lograrse entendiendo que la naturaleza de las nuevas actuaciones no sólo debe ser arquitectónica o escultórica sino también funcional y social. Los edificios pueden ser nuevos o reformados (ésta última parece ser la tendencia), y todos ellos deben entenderse no como piezas aisladas en su contexto próximo sino como cuentas de un collar que cose toda la ciudad, sin olvidar ningún distrito o colectivo.

La conclusión principal que se deduce de esta experiencia es el pulso que en nuestras ciudades ha comenzado a latir. Si durante el siglo XX los esfuerzos se centraron en la mejora de la vivienda colectiva, la reconstrucción urbana tras los desastres bélicos o la creación de grandes complejos de ocio donde el uso de sus instalaciones se subordina al consumo inducido; y si durante los años noventa las ciudades intentaron reinventar su personalidad desde la utilización de grandes iconos arquitectónicos, capaces de generar nuevas inversiones y cambiar los ciclos económicos de la ciudad, durante los años venideros el trabajo es otro. Desde la arquitectura la ciudad debe enriquecerse en la escala del barrio, y cualquier pieza nueva insertada en el tejido social y arquitectónico debe pensarse apostando por

la generación de nuevos espacios comunes. Abiertos al acceso de cualquiera, vigilados y controlados si cabe, ofrecidos a la creatividad colectiva, contenedores de todas las posibilidades. El espacio común en las ciudades ha sido menospreciado por el mercado dados sus (aparentes) escasos beneficios crematísticos. Es momento de demostrar lo contrario desde la arquitectura.

Notas

¹ Nolli dibujó en 1748 un plano completo de la Roma de su tiempo en el que no sólo valoró la separación entre espacio público y privado sino que incorporó gráficamente al primero el interior de los edificios sagrados, entendiendo que las iglesias romanas podrían abrir sus puertas para emplearse como travesías que mejoraran los recorridos urbanos, permitiendo establecer nuevos trayectos y protagonizando arquitectónicamente lo que entendía como paseos cultos. Y en el siglo XIX, el filósofo Walter Benjamin descubrió el cambio introducido en el París moderno por los pasajes comerciales, y de la mano del poeta Baudelaire, explicó en su *The Paris of the Second Empire In Baudelaire* cuánto la modernidad de las metrópolis decimonónicas se ligó a conceptos relativos al deambular romántico. En ambos momentos históricos la arquitectura privada (iglesias o pasajes comerciales) transformó la ciudad por donación de sus espacios interiores al sistema de lugares comunes y públicos.

(Artículo recibido: 14-06-2013 ; aceptado: 11-07-2013)